

ción, para amordazar aun los más justos alientos libertarios, o de protesta contra la opresión.

Esto sólo revela lo inconsecuente y lo miope de las tesis del señor Rockefeller, fundadas en ideas inadmisibles y obsoletas, y en información incorrecta o imprudente, y que de manera alguna pueden favorecer la causa hemisférica, ni mejorar la atmósfera hacia su país.

Creemos que ello, además de ir en contradicción con ciertos principios de coexistencia digna que postula en su fecundo prólogo y en algunas otras partes dispersas de su reseña, representa una regresión, una vuelta a un pasado desagradable, que precisamente ha causado la escisión que preocupa a Nelson Rockefeller. Pero hay aún más: no vacila en recomendar que se provea de armas modernas a los militares de los países latinoamericanos, para aplastar así cualquier posible amenaza al "orden establecido".

Creo que estos breves comentarios bastan para darse una idea del sentido y de los posibles alcances del informe Rockefeller en la parte de las relaciones políticas con las naciones latinoamericanas. La conclusión que se deriva de ellos no puede ser más obvia: El informe no puede tomarse en serio. No aporta nada constructivo ni nada nuevo para la buena coexistencia en el hemisferio, ni induce a conductas originales y novedosas que puedan mejorar y hacer más apetecible la política de Estados Unidos hacia América Latina. No suprime las actitudes tutelares. Sólo trae a la mente el abismo, que tiende a ahondarse, entre una gran nación y sus pequeñas acompañantes del continente. Hace ver una vez más que debemos resignarnos, todavía por largo tiempo, a la incomprensión frente al apremio del cambio vital de circunstancias, a continuar contemplando estructuras envejecidas, a aceptar la represión como regla válida y a postergar para lejos cualquier noción de convivir como iguales con la potencia mayor.

El informe Rockefeller, como plan de acción, en lugar de alentar y abrir la puerta a la expectación creadora, deja un sentimiento de frustración, de pesimismo y de desencanto, lo que es lamentable en estas dificultosas épocas.

## Las relaciones militares y de seguridad

MARIO } OJEDA GÓMEZ  
*El Colegio de México*

EL 15 DE JUNIO DE 1940, ante la inminente extensión de la guerra mundial al continente americano, el presidente Roosevelt envió para consulta a los miembros de su gabinete un memorándum en el que se sugerían las bases para una política hacia Latinoamérica. El autor del memorándum era el joven heredero John A. Rockefeller, cuyos intereses en los asuntos latinoamericanos lo habían llevado a someter

a la consideración del presidente dicho documento.<sup>2</sup> Roosevelt decidió finalmente hacer suyas en gran medida las bases expuestas en el memorándum y autorizó la creación de la oficina que coordinó los asuntos interamericanos durante el período de la guerra y que fue presidida, durante toda su existencia, por el propio Rockefeller.

Veintinueve años más tarde, el mismo Rockefeller, por comisión expresa del presidente Nixon, recibió el encargo de elaborar un documento que sirviera de base para orientar la política "con respecto a los asuntos del Hemisferio Occidental". Es obvio que la simple coincidencia de ambos hechos históricos es por sí misma interesante. Resulta, sin embargo, de fundamental importancia política cotejar los lineamientos expuestos en ambos documentos.

El documento elaborado por Rockefeller en 1940 se iniciaba con el postulado siguiente:

Independientemente de si el resultado de la guerra es una victoria alemana o aliada, los Estados Unidos deben proteger su posición internacional a través de la aplicación de medidas económicas que sean efectivamente competitivas frente a técnicas totalitarias.

Si los Estados Unidos van a mantener su seguridad y su posición política y económica en el hemisferio, deben tomar de inmediato medidas económicas para asegurar la prosperidad económica en Centro y Sudamérica y establecer esta prosperidad dentro del marco de la cooperación y *la dependencia económica del hemisferio*.<sup>3</sup>

Veintinueve años después, un Rockefeller más maduro en las lides políticas y por lo tanto más sutil en cuanto al manejo del lenguaje diplomático, llama a la dependencia económica "interdependencia" y a la situación de hegemonía política que de ella se deriva, "especial relación":

Así como las otras repúblicas americanas dependen de los Estados Unidos para sus requerimientos de capital, así los Estados Unidos dependen de ellos para proveer un vasto mercado para nuestros productos manufacturados. Y así como estos países ven a los Estados Unidos como mercado para sus productos primarios cuya venta les permite comprar equipos para su propio desarrollo, así Estados Unidos busca en ellos las materias primas para nuestras industrias, de las cuales dependen los empleos de muchos de nuestros ciudadanos.

Pero estas fuerzas de interdependencia están cambiando y deben cambiar. Un creciente flujo de comercio en ambas direc-

<sup>2</sup> United States Inter-American Affairs Office, *History of the Office of the Coordinator of Inter-American Affairs*. United States Government Printing Office, Washington, 1947. pp. 4-5.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 279. (Cursiva del autor.)

ciones, de productos industriales, debe suplementar el actual intercambio de bienes manufacturados y productos primarios.<sup>4</sup>

Pero lo importante es que la liga directa entre "interdependencia" económica y seguridad nacional de Estados Unidos no ha cambiado un ápice para Rockefeller:

Más aún, el fracaso en el mantenimiento de esta especial relación crearía un vacío en el hemisferio y facilitaría la influencia de poderes extranjeros hostiles sobre la región.<sup>5</sup>

Resulta interesante observar también que Rockefeller piensa mantener esta "especial relación" con muchas de las medidas económicas que, en 1940, sugería como necesarias para conservar a América Latina en estado de dependencia.

La reducción de tarifas arancelarias, con compensación para los intereses económicos norteamericanos afectados; la inversión privada norteamericana como medio de acelerar el desarrollo económico; la extensión de términos más liberales en los plazos y períodos de gracia de la deuda externa, son temas que se repiten en ambos documentos.

Sin embargo, no debe entusiasrnos la aparente coincidencia entre las aspiraciones latinoamericanas y las medidas que el informe sugiere, pues a esta altura del cotejo estamos preparados para deducir una primera conclusión que es casi obvia: para Rockefeller las concesiones económicas no tienen un valor en sí mismas, sino que resultan ser un instrumento político con relación al problema de la seguridad continental. En este sentido Rockefeller no se ha movido un ápice respecto a la política seguida por el gobierno de Lyndon Johnson.

Rockefeller, con su énfasis en la seguridad, presenta una serie de argumentos para tratar de contrarrestar la opinión bastante generalizada actualmente entre los observadores políticos norteamericanos, de que la presencia del comunismo en el continente no significa ya hoy día una amenaza inmediata para Estados Unidos. La reciente visita de la flota soviética a La Habana y el terrorismo urbano son los únicos hechos que aporta Rockefeller como pruebas para fundamentar su temor. Elude, sin embargo, tal vez por su interés personal en América Latina, el decir si esta amenaza es directa para Estados Unidos, en el sentido que lo fue durante la crisis de los proyectiles, o si es indirecta en la medida en que revoluciones de corte radical puedan afectar la preponderancia económica de Estados Unidos en Latinoamérica.

De todo esto resulta algo nuevo en el Informe Rockefeller. Nuevo al menos en la medida en que ha hecho resurgir una idea que había quedado aparentemente sepultada: la creación de una fuerza interamericana permanente de paz. Rockefeller no solamente hace renacer la

<sup>4</sup> *Informe Rockefeller*, p. 24. (La paginación corresponde al documento original. N. R.)

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 25.

idea en su informe, sino que la refina notablemente al sugerir la creación de un consejo de seguridad del Hemisferio Occidental.

Este consejo, que tendría el propósito de "lidiar con las fuerzas de subversión que operan a través del Hemisferio Occidental" mediante la acción conjunta, vendrá a sustituir a la Comisión Consultiva sobre Seguridad de la OEA, cuyas funciones han sido hasta ahora las de mero asesoramiento. De este modo al parecer se recomienda crear un organismo con capacidad de decisión y ejecución propias, independiente de los gobiernos de los países afectados. Algo similar a lo que sucedió en el caso de la resolución adoptada por el Consejo de la OEA en 1965 y que dio nacimiento a la Fuerza Interamericana de Paz que intervino en la República Dominicana. La diferencia estribaría en que mientras que el caso de la Dominicana fue una solución *ad hoc*, el Consejo de Seguridad sería la institucionalización de dicha fuerza policiaca, con facultad discrecional para la acción.

Por otra parte, el hecho de que en el informe se contemple al consejo de seguridad bajo la dirección de civiles no lo exime necesariamente del peligro de caer en la tentación de buscar soluciones militares a problemas de orden político. Esto ha quedado demostrado por ejemplo, en el caso de Vietnam, en donde funcionarios civiles del Pentágono fueron los que decidieron llevar a cabo los bombardeos de Hanoi.

Rockefeller apoya otras medidas de carácter militar. Recomienda aumentar el monto de la asistencia militar, programa que ha venido siendo el blanco de los ataques del Congreso de Estados Unidos y que desde 1966 se ha reducido notablemente. Apoya también la desaparición de los obstáculos puestos por el Congreso para la venta de armas a Latinoamérica. Todo esto lo justifica Rockefeller mediante el argumento de que "los gastos en materia de defensa de las Naciones Latinoamericanas representan un porcentaje de su Producto Nacional Bruto menor que el de cualquier otra zona, excepto la parte de África que queda al Sur del Sahara".<sup>6</sup> Este argumento es a todas luces ingenuo, puesto que las fuerzas armadas latinoamericanas no tienen de hecho una función clave en materia de defensa externa. Su misión principal, en cambio, es la del mantenimiento del orden interno. Aumentar la asistencia militar hacia Latinoamérica bajo estas circunstancias quiere decir en los más de los casos, ayudar a aumentar la capacidad de represión interna de gobiernos impopulares y subsidiar artificialmente gobiernos poco eficaces que no tienen, o no han hecho el esfuerzo por tener, la capacidad para sentar las bases para la paz interna.

Pero de la lectura del informe salta en seguida una interrogación fundamental: ¿qué es lo que ha motivado a Rockefeller para recomendar abiertamente al militarismo latinoamericano, asunto que se había convertido en el tabú de las relaciones hemisféricas? Sin duda la respuesta se encuentra en el hecho de que Rockefeller ha venteadado el papel político creciente de los militares y aunque es de suponer que

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 50.

en el fondo no justifique el intenso nacionalismo mostrado por los más recientes movimientos castrenses, ve a éstos como un mal menor frente a los grupos radicales de izquierda. Es de suponer que tema también un recrudecimiento del nacionalismo de los militares frente a las inversiones norteamericanas para el caso de que Estados Unidos les niegue el equipo bélico moderno al que aspiran.

...El resultado de todo esto es un natural resentimiento de parte de los militares de otras naciones americanas, cuando Estados Unidos rehúsa venderles elementos modernos para equiparse. Es así que muchos líderes militares en las otras repúblicas americanas ven a Estados Unidos como tratando de mantenerles en condición de ciudadanos de segunda clase, y *están alejándose de nosotros cada vez más, en un momento en que su papel político es cada vez más importante.*<sup>7</sup>

La mejor medida para evitar el alejamiento de los militares es entonces mantenerlos dependientes de Estados Unidos respecto del equipo, ya que éste no es solamente un instrumento de penetración en sí mismo, sino que trae implícita la necesidad del asesoramiento en el manejo de las armas suministradas.

La realidad es que, si Estados Unidos no vende tales equipos, serán comprados de otras fuentes, del Este o del Oeste, y esto no sería compatible con los mejores intereses de los Estados Unidos.<sup>8</sup>

Resulta difícil terminar el presente comentario pasando por alto el problema principal que suscita el Informe Rockefeller: el hecho de que significa una prueba contundente del estilo de gobierno norteamericano —particularmente por lo que se refiere al Partido Republicano— de reconocer a los intereses económicos creados el derecho de intervenir en las decisiones políticas. El señor Rockefeller no es solamente la cabeza de uno de los “gobiernos privados” de Estados Unidos, sino que posee uno de los imperios económicos norteamericanos más fuertes en el área latinoamericana. Esto, que resulta sin duda justificado y hasta beneficioso para los ideólogos de las corporaciones transnacionales, puesto que ven en ellas al gobierno y al orden internacional del futuro, choca, sin embargo, con la tradición liberal que ve en el interés público el valor político más alto.

Al menos esto es cierto en la medida en que nadie puede ser juez imparcial siendo al mismo tiempo parte interesada.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 49. (Cursiva del autor.)

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 53.